

SECCIÓN SEGUNDA

PROPIO DE LOS SANTOS

MEDITACIÓN CXVII

16 DE JUNIO.—SAN JUAN FRANCISCO REGIS

En la vida de este hombre de Dios, lo mismo que en la de San Francisco Javier, á quien había tomado por modelo, todo respira la caridad más ardiente y el celo más abrasado por la salvación de las almas. El desplegó entre nosotros el mismo celo en el servicio de Dios que el apóstol de las Indias por la conversión de tantas naciones diversas. El apostolado de uno y otro no dura más que diez años; pero ¡qué inmensa carrera han recorrido en tan pocos años! La Iglesia nos ha trazado el retrato de San Francisco Regis en la oración de su fiesta: Clemente XI que le beatificó, y que le invocaba con una confianza particular, quiso componerla por sí mismo: *Deus, qui ad plurimos pro salute animarum perferendos labores, beatum Joannem Franciscum mira charitate et invicta patientia decorasti*, etc. Destinado á soportar grandes trabajos por la salvación del prójimo, necesitaba y recibió del Cielo una admirable caridad y una paciencia invencible. Detengámonos en estas dos consideraciones.

- I. El ardor de su caridad.
- II. La paciencia de su celo.

PUNTO I

Caridad ardiente de San Francisco Regis

Todo hombre tiene su pasión: Regis parecía no tener otra que la de amar á Dios y hacerle amar. Las chispas de este fuego sagrado comenzaron á manifestarse desde su infancia. Siendo simple estudiante ya se dedicaba á reformar las costumbres de sus condicípulos. Hecho profesor, sugería con frecuencia en sus discípulos el pensamiento de las cosas eternas, y no dejaba escapar ninguna ocasión de inspirarles el horror al pecado. Cierta día que uno de ellos había caído en una falta grave, les habló con tanta eficacia de los juicios de Dios, que quedaron sobrecogidos de pavor; algunos han declarado después que se renovaba en ellos el mismo sentimiento cuando recordaban lo que les había dicho en aquella circunstancia. Esto fué como el preludio de su vida apostólica, que comenzó con el curso de sus misiones.

Desde el momento en que se abrió este campo á su celo se le pudo pintar con los mismos rasgos que al profeta Elías: *Surrexit Elías quasi ignis, et verbum ipsius quasi facula ardebat* (1). El no tuvo más que un solo deseo, una sola ocupación: glorificar á Dios por la santificación de las almas. A esto dedicó todos sus momentos en las poblaciones y en los campos, en las iglesias y en las plazas públicas, en las cárceles, en los hospitales y en las casas particulares. Predicando, exponía primeramente con toda claridad una verdad cristiana; después sacaba de ella consecuencias morales, y con exhortaciones patéticas arrebatava á su auditorio. Sus discursos eran pronunciados con tanta vehemencia que á menudo también se inflamaba su rostro y se emo-

(1) Eccli., XLVIII, 1.

cionaba tanto con lo que decía, y lo exponía con tanta unción, que ordinariamente el predicador y los que le escuchaban, derramaban lágrimas.

Insensible á todo lo demás, no tenía ardor sino por defender la causa de Dios y de las almas. Una vez, habiéndolo puesto todo en obra para detener la pasión de un pecador, y viendo que eran inútiles sus esfuerzos: «Yo os conjuro, le dice llorando, que clavéis vuestra espada en mi pecho, pero cesad de ultrajar así á vuestro Criador.» Declaró á uno de sus amigos que la vida le sería insoportable, si no le ofreciese modo de acudir al socorro de las almas y de extender el reino de Jesucristo.

Jamás experimentó en su caridad esas alternativas de fervor y de tibieza que arrancan gemidos hasta á los sacerdotes más santos; el fuego que le consumía fué siempre en aumento hasta su último suspiro. Héle aquí que cae enfermo á los cuarenta y cuatro años; y sabe que se acerca su fin; no obstante, da comienzo á una misión en Lalouvesc: una numerosa multitud acude de todas partes para oír la palabra de Dios... Regis corre adonde su ministerio le llama y la muerte le espera. Llega falto de fuerzas; sin tomar el menor descanso, comienza sus penosos ejercicios. La enfermedad hace progresos, mas él redobla sus trabajos. Finalmente la naturaleza se rinde; á pesar suyo se le lleva á una cabaña, y allí desde su pobre cama, termina confesiones empezadas, escucha otras nuevas, y muere en el ejercicio actual de su celo. No nos causará por tanto admiración si en el momento de entregar su alma en las manos de Dios, volviéndose al que le asistía, le dice: «Ah! mi querido hermano, cuán satisfecho y contento muero!»

¿Llegará la muerte con la misma calma y alegría para tantos eclesiásticos cuya vida se desliza, sin desorden á los ojos de los hombres, pero sin utilidad real delante de Dios? Ellos no escandalizan; ¿pero hacen el bien que debieran hacer? La mies pide trabajadores y obreros incansables; ¿cuál es el número de ellos? Meditemos el lamento de San Gre-

gorio y temamos ser objeto de él: *Ad messem multam operarii pauci sunt, quod sine gravi mœrore loqui non possumus... Ecce mundus sacerdotibus plenus est, sed tamen in messe Dei rarus valde reperitur operator: quia officium quidem sacerdotale suscepimus, sed opus officii non implemus... Relinquunt Deum hi qui nobis commissi sunt, et tacemus; in pravis actibus jacent, et correptionis manum non tendimus; quotidie per multas nequitias pereunt, et eos ad infernum tendere negligenter videmus* (1).

PUNTO II

Paciencia invencible de San Francisco Regis.

San Pablónos enseña que la paciencia es el primer fruto de la caridad: *Charitas patiens est* (2) y Santiago afirma que ella es la perfección de todas las virtudes: *Patientia opus perfectum habet* (3). Es cierto que ella es la fuente de nuestros méritos, y que la misma caridad toma de ella todo su valor, no con palabras que parezcan manifestarla, sino con obras que la justifiquen por los sacrificios más ó menos penosos que suponen: *Non diligamus verbo neque lingua, sed opere et veritate* (4). Ninguna otra virtud es mas necesaria al pastor á causa de sus muchos cuidados y de los trabajos incensantes anejos á su cargo, y de las contradicciones que encuentran casi siempre sus proyectos. El buen Sacerdote combate todas las pasiones, y todas las pasiones le combaten. Concurriendo con Jesucristo á la obra magnífica de la Redención, debe ser con El un hombre de dolores, y como El, hombre de paciencia. Tal fué el apóstol del Vivarais y del Velay.

(1) *In Evang.*, l. I, hom. 17.

(2) I Cor., XIII, 4.

(3) Jac., I, 4.

(4) Joan., III, 18.

Había pedido la misión del Canadá, en la esperanza de derramar allí su sangre por Jesucristo. El no fué escuchado; pero se puede decir que su ministerio en el Languedoc fué un martirio continuo. Se le ve durante los más rigurosos inviernos en regiones horribles, traspasar montañas escarpadas, atravesar torrentes impetuosos, caminar al borde de precipicios trepando con los pies y con las manos. Algunas veces, deteniéndose en medio de los bosques, para complacer á la muchedumbre ávida de oírle, se subía sobre una roca ó sobre un montón de nieve endurecida por el frío, y distribuía al pueblo el pan de la divina palabra. No dejaba el ejercicio de la predicación sino por el de la confesión que con frecuencia prolongaba hasta altas horas de la noche.

Pero su paciencia fué aún más admirable en los ultrajes y malos tratamientos que sufrió, sin que se levantase el menor movimiento de indignación en su corazón, ni la más ligera alteración en su rostro. Un día en que se le compadecía por haber recibido una bofetada en medio de la plaza pública. «¡Qué gran cosa, dijo, sufrir una bofetada por amor de Jesucristo! Me parece que no se puede ser discípulo de este buen Maestro sin felicitarse cuando se sufre por Él alguna afrenta.» Se pretende deshonrarle por las calumnias más odiosas; jamás procura justificarse, aunque nada le hubiera sido más fácil; y como sus amigos quisiesen defenderle, él les suplicaba que callasen, para que no le quitasen una ocasión tan bella de participar de las ignominias del Salvador. Más de una vez fué atacado por los libertinos que, no contentos con escarnecerlo, le golpearon, pisaron y dejaron por muerto; él rogaba por ellos. En una de estas circunstancias exclamó: «¡Cuán dulce me es sufrir un poco por unas almas cuya salvación ha costado tantos sufrimientos al Hijo de Dios!»

Sin embargo, nada tan sensible á su corazón de apóstol, como ser contrariado y detenido en sus trabajos por aquellos mismos de quienes debía esperar aliento y protección. Uno de sus superiores creyó deber prohibirle algunos de sus trabajos y conte-

ner su celo en límites más estrechos. Regis, durante el largo tiempo que duró la prueba, se sometió á una especie de inacción, mil veces más penosa que las mayores fatigas de su apostolado. Lo mismo aconteció cuando un piadoso prelado, habiéndole llamado á su diócesis y habiéndose alegrado de antemano de los resultados de su ministerio, acabó por favorecer sin saberlo los designios de los enemigos de nuestro Santo. Le hace venir, le reprende de pretendidas indiscreciones, y se dispone á despedirle vergonzosamente. El humilde Sacerdote se pone de rodillas, no dice ni una palabra para refutar la calumnia, y no atribuye sino á sus pecados la desgracia de verse alejado de una misión por la cual hubiera querido dar la última gota de su sangre. Esto duró tan solo hasta que el obispo, abriendo los ojos, reconoció el lazo tendido á su religiosidad; trocándose en ferviente admirador de paciencia tan heroica.

¡Oh Jesús, de la memoria de vuestros sufrimientos y de su amor hacia Vos sacaba tanta fuerza y tanto valor el santo Sacerdote cuyas virtudes quisiera yo imitar; atraed, aficionad mi corazón á la meditación del misterio de vuestra cruz: yo os amaré y encontraré mis delicias en daros á Vos y en daros á mí mismo la prueba más cierta de ello, sufriendo é inmolándome por vos! *Utrumque es nobis, Domine Jesu, et speculum patiendi et præmium patientis, utrumque fortiter provocat ac vehementer accendit* (1).

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN.

PUNTO PRIMERO.—*Caridad ardiente de San Francisco Regis.*—Todo hombre tiene su pasión; Regis parecía no tener otra que la de amar á Dios y hacerle amar. Joven estudiante, profesor, ya es apóstol. Una vez dedicado á las misiones

(1) S. Bern. Serm. 47 in Cant.

se consagra por completo al celo por la gloria de Dios y á la salvación de las almas; en los pueblos y en los campos, en las iglesias y en las plazas públicas, en las cárceles y en los hospitales busca á las almas. El no ve más que á Dios y á las almas. Cae enfermo y postrado en un pobre lecho, acaba las confesiones que había empezado, escucha otras y muere en el ejercicio de su celo.

PUNTO SEGUNDO.—*Paciencia invencible de San Francisco Regis.*—Todo cristiano, y mucho más los Sacerdotes que son representantes de Jesucristo, debe ser como él un hombre de dolor y de paciencia: así lo fué San Francisco Regis: Su ministerio en las misiones fué un martirio prolongado. Su paciencia en los malos tratos y afrentas fué admirable. Solía decir: «me parece que no se puede ser discípulo de Jesucristo sin sentirse el corazón lleno de alegría por los insultos que se sufren por El.» En el recuerdo de vuestros padecimientos, ¡oh Jesús! y de vuestro amor él encontraba su fuerza y valor. Hacedme la gracia de que medite con frecuencia en vuestra cruz, y abrasadme en vuestro amor.

MEDITACIÓN CXVIII

21 DE JUNIO.—SAN LUIS GONZAGA

- I. Su inocencia.
- II. Su penitencia.

Es un error pensar que estas dos virtudes se excluyen mutuamente, y que la segunda no se encuentra donde se halla la primera. La Iglesia las admira en un mismo grado en San Luis Gonzaga, y en su unión hace consistir el carácter especial de su santidad (1).

(1) *Cælestium donorum distributor Deus, qui in angelico juvene Aloysio miram vitæ innocentiam pari cum penitentia sociasti: ejus meritis et precibus concede, ut innocentem non secuti, penitentem imitemur.* (Orat., diei.)

Una y otra son del todo indispensables á los Sacerdotes y párrocos. Continuadores de la obra de Jesucristo, medianeros con El y penitentes públicos, tenemos el cargo de aplacar á Dios y desarmar su justicia; ¿y cómo lo intentaremos si no somos sus amigos? *Si non places, non placas* (1). La pureza nos da este glorioso privilegio. *Qui diligit cordis munditiam, habebit amicum regem* (2). Aun sin estar elevados al sacerdocio se nos puede proponer por modelo este Santo Joven.

PUNTO I

Inocencia de San Luis Gonzaga.Cuál fué su perfección y cuál su recompensa

1.º La Iglesia ha calificado á este admirable Santo «de joven angélico.» ¿Quién hay en efecto que por la pureza de su cuerpo y de su alma se haya aproximado más á la naturaleza angélica? Desde que su razón le hace capaz de discernir, gracias á los desvelos de su piadosa madre, él se aplica esta sentencia de la Escritura: *Hijo mío, huye del pecado, como huirías del encuentro de una serpiente. Guarda tu corazón con extrema vigilancia; porque él es la fuente de la vida. Abstente de todo lo que tenga apariencia de mal.* Desde su más tierna infancia profesó grande horror al pecado y á todo lo que á él pudiera conducirle.

Gran consternación deja en su alma el pensamiento de haber ofendido á Dios, y todas sus ofensas fueron: el haber cogido un poco de pólvora á los soldados de su padre, y el repetir algunas palabras inconvenientes que no comprendía; y todo esto cuando aun no contaba la edad de cuatro años. Tres años más tarde cuando hizo la confesión general, fué tanto su dolor que cayó desmayado.

(1) S. Bern.
(2) Prov., XXII, 11.

Y cuando se le quiso consolar: «¡Ah, exclamó él, Dios es tan bueno, y yo le he ofendido tan indignamente!» Se consideraba como el más grande pecador. Lloraba amargamente lo que él llamaba sus desórdenes, y lo que San Carlos Borromeo apenas tachaba de ligeras imperfecciones.

Esta vida tan pura, la observó Luís de Gonzaga en la corte de los príncipes, donde se halla reunido todo lo más propio para deslumbrar los ojos, lisonjear los sentidos, y pervertir el corazón: su virtud permaneció intacta en el centro de todos los vicios. Moisés vió en el desierto una zarza rodeada de llamas sin consumirse: me acercaré, dice, consideraré esta gran maravilla: *Videbo visionem hanc magnam*; hé aquí una maravilla más sorprendente: un joven rodeado del fuego de todas las pasiones, sin recibir ningún detrimento! ¡Oh, cuán bueno es llevar desde la mocedad el yugo de la virtud! Cuán digna de envidia es la suerte de aquellos que andan en la vía de una perfecta inocencia: *Beati immaculati in via* (1).

«Señor, ¿quién habitará en vuestro pabellón? ¿Quién reposará en vuestra santa montaña? El hombre que vive sin mancha y practica la justicia (2).» Emulo de los ángeles por su eminente pureza, Luís de Gonzaga casi les igualaba en dicha desde la vida presente. Absorto siempre en una contemplación seráfica, tenía las comunicaciones más dulces con el Esposo de las vírgenes. A una edad en que los otros niños apenas pueden balbucear algunas oraciones vocales, estaba elevado á un grado sublime de oración. Admirándose un día su director de que pasase una hora entera sin distracción en este santo ejercicio... «Yo me admiro mucho más, le dijo él, de que habiéndose puesto en la presencia de Dios, se pueda pensar en otra cosa que en El.» De aquí aquella tranquilidad del alma, que la Escritura compara á un banquete continuo (3).

(1) Ps. CXVIII, 1.

(2) Ps. XIV, 1 et 2.

(3) Prov., XVI, 15.

Pero en el Cielo es donde la pureza recibe su grande é incomparable recompensa. ¡Quién nos diera contemplar en él á Luís de Gonzaga! Habiéndose concedido este favor por un instante, á Santa María Magdalena de Pazzi, exclamó transportada de admiración. «¡Oh, qué admirable es la gloria de Luís, hijo de Ignacio! Yo no hubiera podido creerlo, si mi Señor Jesús no me lo hubiera mostrado. Quisiera recorrer el universo y decir por todas partes que Luís fué un gran santo. Durante su vida tenía su corazón abierto á las miradas del Verbo...; hé aquí por qué está coronado de una gloria tan resplandeciente. Fué un mártir ignorado; porque para aquel que os ama, oh Dios mío, ¡qué martirio no poder amaros tanto como desea y Vos merecéis ser amado!»

PUNTO II

Penitencia de Luís Gonzaga

La Iglesia en su tierna solicitud por la salvación de sus hijos, parece que tiene menos en cuenta la inocencia conservada que la inocencia recobrada; hé aquí por qué, no atreviéndose á proponer á nuestra imitación la angelical pureza de Luís de Gonzaga, considerándola casi como fruto de una gracia milagrosa, pide con instancias que al menos le sigamos en el sendero de la penitencia. La pureza, á la vez que conduce á la visión de Dios, conduce necesariamente á su amor, y el espíritu de sacrificio es inseparable de la ardiente caridad. Amar á Dios y aborrecerse santamente á sí mismo no son sino una misma cosa en el lenguaje evangélico. ¡Oh Señor, ¿de qué no es capaz un corazón que está entregado á Vos, cuando vuestra gracia le sostiene y le anima? Luís de Gonzaga conoció la utilidad de las maceraciones desde sus primeros años, y la continuó hasta estar en los brazos de la muerte. La sensualidad es menos ingeniosa en procurarse medios de satisfacción, que

lo era él en encontrar modos de mortificarse y de sufrir.

Por más que yo diga que Dios no exige de mí todas las austeridades que admiro en los santos, no es menos cierto que tengo faltas que expiar; que para ser de Jesucristo, no sólo como Sacerdote sino como simple fiel, debo crucificar mi carne con sus apetitos desordenados; que hay una mortificación del corazón estricta y continuamente obligatoria, según estas palabras del Concilio de Trento: *La vida del cristiano, debe ser una penitencia perpetua* (1). Sé, además, que he de responder de todas las almas cuya salvación me haya sido confiada; que debo no solamente instruirlos, corregirlos y orar por ellos, sino también ofrecer expiaciones por sus faltas. Penitente sin ser pecador, hé aquí lo que fué Luis de Gonzaga; pecador sin ser penitente hé aquí lo que soy yo: mi conciencia me obliga á esta declaración; pero, ¿puedo hacerla sin avergonzarme y estremecerme?

Amable Santo, severo sólo para vos, llevasteis la compasión para con vuestros hermanos hasta ofrecer por ellos el sacrificio de vuestra vida (2). ¡Ah! Tened piedad de nosotros! Si no habéis podido recorrer la carrera de los apóstoles conforme á vuestro celo, Dios parece que quiere recompensaros, por las gracias de misericordia y de salvación que concede á los que os invocan. Ayudadnos á reparar los hermosos años que hemos perdido. Vuestra caridad es siempre la misma, vuestro poder es más grande en el Cielo que sobre la tierra: alcanzadnos el amor de la inocencia y de la penitencia, para que nosotros también tengamos la dicha de ver á Dios, y de poseerle con vos en la mansión de la gloria.

(1) *Tota vita christiani perpetua debet esse penitencia.*

(2) Murió víctima de su abnegación sirviendo á los apes-
tados.

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN.

PUNTO PRIMERO.—*Inocencia de Luis Gonzaga.*—¿Cuál ha sido la perfección de esta inocencia? ¿Cuál ha sido su recompensa? Desde la más tierna edad se hizo á sí mismo la aplicación de estos divinos oráculos. *Hijo mío, huye del pecado, como huirías del encuentro de una serpiente. Guarda tu corazón con una extrema vigilancia. Abstente de todo lo que tiene apariencia de mal.* El horror á toda ofensa de Dios, el alejamiento de todo lo que á ella puede conducir, un desprendimiento absoluto de toda criatura, tal fué siempre su inocencia. Por algunas palabras inconvenientes que había repetido sin comprenderlas, se consideraba como un gran pecador, y lloraba amargamente lo que él llamaba sus desórdenes. Esta vida tan pura la observó en la corte de los príncipes, en donde todo es escollo para la virtud. ¡Qué dulzura fué también la de sus comunicaciones con Dios! El privilegio del alma pura es tener por amigo al Rey de los reyes; ¿hay amistad más fecunda en sólida consolación? Magníficamente recompensada ya sobre la tierra ¿quién será capaz de decir cómo ha sido compensada en el Cielo la pureza de este Joven angelical?

PUNTO SEGUNDO.—*Penitencia de Luis Gonzaga.*—La perfecta inocencia conduce necesariamente al amor de Dios y al espíritu de sacrificio. Luis de Gonzaga conoció la práctica de las maceraciones desde sus primeros años, y la continuó hasta estar en brazos de la muerte. Jamás fué la sensualidad más ingeniosa en procurarse placeres, que lo fué él en hallar medios de mortificarse y sufrir. ¿Osaré yo compararme á este modelo? Penitente sin ser pecador, hé aquí lo que fué Luis de Gonzaga; pecador sin ser penitente, hé aquí lo que yo soy....